

NOS HABÍAMOS OPUESTO TANTO...

por ENNIO VIVALDI

*Profesor Titular de la Facultad de Medicina
Universidad de Chile*

"... En él está el gris del mundo
el fin del decenio en el que se nos aparece
entre los escombros extenuado el profundo
e ingenuo esfuerzo por rehacer la vida;
el silencio, podrido e infecundo ...
... Cuanto más es vano
—en este vacío de la historia, en esta
ronzante pausa en la cual la vida calla—
cada ideal..."

PIER PAOLO PASOLINI

Las cenizas de Gramsci (1957)

RESUMEN

El autor revisa la situación actual de la Universidad de Chile a partir de sus postulados fundacionales, haciendo hincapié especialmente en el destino de los discursos de los '60 y aun anteriores, confrontados con lo sucedido durante los años del Régimen Militar y la presente posición y rol de la Universidad en la sociedad chilena.

A veces, como podía ocurrir en el Medioevo, los ejércitos ocupan grandes extensiones territoriales, pero dejando por aquí y por allá ciudadelas no capturadas, las que pueden quedar sitiadas por varias décadas sin que se les preste mayor atención. Para los habitantes de la ciudadela sitiada, la defensa se transforma en su razón de ser. Con recursividad tangencial al absurdo, ellos son mientras los otros no los asimilan y casi lo único que les está permitido es no ser los otros. Algún día, y sólo en esa expectativa,

el absurdo retrocede, los invasores habrán de retirarse y el ser porfiadamente defendido podrá reproducirse, perdurar, expandirse, de nuevo expresarse. Operacionalmente, la diferencia entre lo que se es y se quiere, en contraposición a lo que no se es y se rechaza, goza de la concreción de una muralla, de la nitidez de una línea.

Más habitual es que las ocupaciones no otorguen la gracia de tal concreción, y se dé una coexistencia espacial de sometidos y ocupantes. La vida cotidiana pasa a ser parte de lo entregado, la ciudadela queda marginada y oculta en la subjetividad, en las emociones y en el breve cruce de la sombra de algún gesto.

Probablemente es por el mayor valor que todavía suele otorgarse a lo creado que a lo dado, a lo hecho por las propias manos que a lo comprado, que Sartre afirma con ironía que los franceses nunca fueron más libres que durante la ocupación de 1939. Por similares razones, tal vez algún día muchos terminemos por pensar que nunca fuimos más universitarios que durante la intervención militar de la Universidad de Chile. O al menos, que cuando se ingresaba como estudiante siendo rector Eugenio González, ser universitario, en más de un sentido de la palabra, era gratis. Y en cambio, cuando el Rector era un militar en servicio activo, o cuando era un civil que administraba una institución cuya razón de ser le parecía superada históricamente, o cuando uno leía que el Rector provocadoramente declaraba a la prensa que él no era aficionado a la lectura, que nunca ningún libro le había impresionado especialmente y que su interés por expresiones culturales como la música se limitaba a escuchar alguna radio que sonaba porque alguien la encendió¹, entonces, para al menos acercarse a la condición de universitario, había que intentar recrear en conjunto, con memoria y convicción colectivas, esa institución que nos antecedió y nos sobreviviría, a la cual nos sentíamos de improviso ligados por lazos que hasta entonces no parecíamos haber comprendido bien.

En esas instancias colectivas, como la Asociación Andrés Bello o la Asociación de Académicos, hablar de lo que ocurría en las Universidades podía servir también de metáfora de lo que ocurría en nuestro país, en nuestras historias. La opción que esas instancias representaban se fundamentaba en dos líneas éticas: por una parte, la valoración de la institucionalidad chilena que se percibía que el régimen de entonces intentaba socavar (en particular la universitaria, pero explícitamente se extendía a

¹Entrevista de la periodista Raquel Correa, diario *El Mercurio* de Santiago, domingo 18 de octubre de 1987, cuerpo D, p. 1.

toda la educación, a la salud, a la justicia, y en general a la sociedad civil chilena) y, por otra, la crítica a los cambios introducidos por el régimen, los que en su aspecto más concreto representaban la minimización de muchas de las Universidades tradicionales, coherente con la abdicación estatal a continuar con un rol preponderante en la educación chilena.

1. Los neoliberalismos reales: ¿Para qué reconstruir la Universidad de Chile, si Chile (¿sin ella?) está tan bien?

Hoy en día, esas dos líneas éticas parecieran no estar en el primer plano del discurso político del país. Por decir lo menos, sería exagerado calificar como intolerables las modificaciones en educación o en salud introducidas por el Régimen Militar, así como una apología demasiado entusiasta de la institucionalidad chilena previa a 1973 parecería desaconsejable pues se mal interpretaría como falta de compromiso con el proceso de modernización del país.

Pero si se insiste en declarar obsoleto el rol del Estado chileno en la Educación Superior, es decir, la identidad misma de esta Universidad, se corre el riesgo de que el espíritu con que fue concebida, que impulsó su desarrollo, y que en condiciones tan adversas se defendió, termine por extinguirse justo ahora.

El universitario actual, tras haber visto moverse al ejército de ocupación, debe preguntarse qué representa hoy día esta ciudadela que tanto defendió, como sorprendido de que a la retirada del ocupante no siguiera la exultante reposición de rigor, como si en el pasado próximo la resistencia al invasor hubiera otorgado un enardecimiento a la vida que ahora no hallara un objeto, una expresión corpórea en la cual trasmutarse. Sorprendido, ve cómo en los espíritus lentamente la esperanza va transformándose en soledad. Y este pequeño Ulises, que no ha necesitado moverse de su Facultad, intenta un análisis factorial para mensurar si esta nueva realidad que enfrenta sin entender bien ha sido el producto de los cambios ocurridos en la ciudad a la que se retorna, o bien de las experiencias vividas en lugares extraños (en nuestro caso, aquí mismo), o bien del simple envejecimiento propio.

La Universidad se le aparece sobredeterminada por la atmósfera de la nueva realidad política chilena, y pareciera difícil lograr cambios sustantivos en la gestión y el quehacer de la institución en este contexto determinado por un Estado tímido, ruborizado, sobrecargado de complejos; por una Dictadura neoliberal rampante que stalinianamente prohíbe cualquier actividad que no tenga como fin la ganancia individual y la coherencia del sistema económico elevado a absoluto; y por la imposibi-

lidad de encontrar en la vida pública una sola idea que debatir. Como despertar algo obnubilado en una taberna y preguntarse si acaso no se habrá insistido demasiado porfiadamente en ver una Dulcinea donde por mucho tiempo lo que ha habido es una Aldonza.

Resulta entonces argumentable que cualquier impulso por defender el rol de la Universidad de Chile habrá de originarse en alguna tensión, en alguna incomodidad con el presente estado de cosas. Más aún, tal argumento adquiere una circularidad por cuanto parece aún más cierto que la aceptación complaciente del país actual, de este neoliberalismo real, lleva en sí un cuestionamiento del autoproclamado rol de la Universidad. Quiero decir que si uno invierte el argumento, parece lógico que si esto que vivimos está tan bien, entonces los roles que la Universidad se arrogaba y que ahora quiere recuperar resultan más que cuestionables.

Veamos, por ejemplo, nuestro pretendido rol histórico de pensar al país en su conjunto, de participar creativamente en su construcción, de sentirnos responsables y comprometidos con el bienestar de la totalidad de sus habitantes. En efecto, si el mejor destino posible para el país era el actual orden de cosas, acaso no cabría preguntarse cuál fue el rol lúcido, visionario, jugado por esta Universidad que decía ser capaz de definir los profesionales que el país necesitaba, que hablaba de formar agentes de cambio social. ¿No hubo acaso otras Universidades e instituciones que estuvieron mucho más cerca en sus predicciones y propuestas que nosotros? Está bien ser centro delantero de día lunes, pero el esfuerzo por encontrar las raíces del Chile de los '90 en la Universidad de los '60 desafiaría a la imaginación más delirante.

Un segundo rol que también parece desdibujarse un tanto es el de reservorio de la cultura nacional, del acervo histórico del país. Por un lado, porque en el mundo postmodernista tal pretensión reflejaría un provincianismo penoso. Pero además, cómo podríamos cuestionar que parte importante del impulso por llegar a ser el país en que ahora vivimos proviene de sentidas aspiraciones por elevarse desde un Chile retrospectivamente opaco y humilde y dar un gran salto a los estándares de vida vislumbrados como internacionales, los cuales parece que en el fondo anhelábamos con disimulada pero energizante envidia. Y, aceptado ese hecho, por inmodesto que uno sea, habrá que conceder que el aporte que nuestro patrimonio cultural, cuya conservación la Universidad de Chile reclama como uno de sus roles definitorios, pudiera haber ofrecido al establecimiento de tales estándares internacionales que hoy día seguimos, parece a todas luces prescindible.

Pero de todos los autoasignados roles (y sigo utilizando aquí expresio-

nes de los '60 para oír cómo suenan), el de conciencia crítica del país es el que más nos deja perplejos. Porque la gran crisis de identidad se da precisamente en la conciencia del país expresada en lo que se hizo, cómo se hizo y por qué se hizo, durante tantos años. (A lo que hoy se hace referencia como cuestiones de derechos humanos y que bien podría calificarse más simplemente como civilización o decencia). Pero aquí no sólo se demuestran una vez más como inadecuadas nuestras capacidades predictivas o nuestra conciencia de nosotros mismos. Aquí más bien se consagra aquello que perdura de nuestro pasado reciente y que va a lo más central del interés o desinterés por reconstruir la Universidad. Esto es, la cuestión de lo que llegó a ser en Chile una idea que a la Universidad le resulta tan substantiva, tan central: la idea de verdad.

2. Lo que ocurrió a la verdad en Chile

Resulta trivial afirmar que en cualquier parte un régimen dictatorial puede imponer hechos y valores como verdaderos en la medida en que controla tanto al emisor de verdad, los medios de comunicación, como también al receptor, la psicología del terror latente en el ciudadano común. Sin embargo, su arma más poderosa probablemente no sea la capacidad de mentir impecablemente bien, sino la capacidad de mentir mal. Esta mentira voluntariamente defectuosa afecta al espíritu en una modalidad prolongada, reverberante, como el dolor que deja la mordedura de un animal. Al dejar en claro que lo que se está diciendo es una mentira pero que debe aceptarse como una verdad, se pasa del acto simple de mentir, hacer creer al otro que es verdad algo que no lo es, a la destrucción de la idea de verdad. Apenas podemos intuir cuánta huella ha dejado este prolongado esfuerzo destructivo en nuestra vida pública, o cómo afecta al universitario.

Un segundo ataque sufrido por la verdad en Chile proviene del pragmatismo. En su versión más simplista podríamos terminar por aceptar que todo es medible en rentabilidad económica, incluyendo —¿por qué no?— el valor de un procedimiento médico, la calidad de una determinada Universidad, la importancia de un proyecto de investigación científica, la expresión artística.

Pero el pragmatismo se nos aparece más ubicuo y más sutil en la prevalencia aplastante que hoy tiene la ansiedad por el logro de objetivos por sobre el vivir los procesos. Y con progresivos cortocircuitos de objetivos que terminan no dejando proceso por vivir. Así, súbitamente, el profesor que dicta clases encuentra que sus palabras “cortocircuitan” a la alternativa correcta de la prueba de selección múltiple, la que operacio-

nalmente "cortocircuita" con la nota de la prueba, con el promedio de notas, con el concurso para egresados. Y cuando el profesor asume que su clase "cortocircuita" con la alternativa correcta de la prueba de selección múltiple, ha de preguntarse si acaso no está siendo cómplice del más sutil, y más perverso, acto de corrupción académica. (A propósito, en muchas de las mejores Universidades del mundo ha ocurrido en años recientes un serio cuestionamiento a las modalidades tradicionales de impartir la docencia de pregrado, que impulsa a experimentar nuevos estilos, con mayor autonomía del educando a la vez que con un más efectivo vínculo tutorial; cualquier esfuerzo que nosotros hagamos en tal sentido debe previamente enfrentar estos estigmas éticos que arrastra el país).

Pero de nuevo, este proceso no es interno a la Universidad sino por el contrario; ha de gestarse en la vida pública. Y no es precisamente alentador que la instancia primaria para un pretendido debate tenga que ser la televisión, con sus características netamente distintivas de otros medios o formas de comunicación humanos. Quizás lo más preocupante sea la forma como esas características influyen en la difusión de valores, ideologías y proposiciones políticas. A nadie se le ocurriría, desde la televisión, exponer una presentación extensa, articulada, compleja, que fundamentara históricamente una opción ética, única manera racional de argumentar a favor de una alternativa política. Por el contrario, como bien lo saben los organizadores de campañas políticas en el mundo, la televisión intrínsecamente ha de comandar un enfoque basado en lo puramente formal y, sobre todo, en golpes de efecto que apunten a la vulnerabilidad emocional del telespectador.

Entonces, la Universidad de Chile puede agitar los brazos y gritar a voz en cuello sus dos preguntas claves: ¿Y cuál es la responsabilidad del Estado? ¿Y qué rol le cabe a la Universidad estatal? Preguntas claves para su sobrevivencia, porque de eso se trata: de que siga habiendo una Universidad de Chile y no que seamos una Universidad más, quizás homónima pero no Universidad de Chile. Pero estas cuestiones cruciales no figuran en el menú de la intelectualidad chilena. ¿Quién se imagina un debate que llevare a analizar críticamente lo que se dijo e hizo en la Universidad de Chile entre 1968 y 1973? ¿Quién quiere recordar lo que se declaró, se repitió y se comprometió entre 1973 y 1989? Protegidos por ese ruido blanco gigantesco de la televisión, se puede desestimar cualquier debate aduciendo que no hay interés público en torno al tema. ¿El rol del Estado en la Educación Superior? No, la gente no lo pide.

A fines de los '40, saliendo de guerras y Dictaduras, los intelectuales

Europeos se vuelven para buscar entender un pasado reciente, horrible, y surgen reflexiones profundas acerca del alma humana. Así, Camus en *L'homme révolté* intenta ver cómo cada ser humano bajo la opresión ha de tirar una línea entre lo que puede y lo que no puede tolerar; o Moravia, en *Il Conformista*, intenta la tarea aún más difícil de vislumbrar qué ocurre en la psicología del ser humano que se identifica con y se hace instrumento de un Estado opresor y asesino. Por nuestra parte, en Chile, la reflexión definitivamente se nos aparece como más cercana a los gustos culturales de nuestro ex Rector delegado. Algo así como Julio Iglesias y *Me olvidé de vivir*.

3. Moluscos en busca de una roca a la cual adherirse

Si la intelectualidad aparece como curiosamente liberada de contrastar sus análisis políticos pasados con el devenir real, si se le permite reformular a voluntad sus planteamientos matrices, si puede en la primera probeta que encuentra engendrar, por ejemplo, el socialismo liberal u otras figuras quiméricas que de inmediato se incorporan a la taxonomía oficial; si reemplaza el análisis conceptual por el curso temporal de lo contable en una especie de “medir, medir que algo queda”, si todo eso por inconcebible que parezca es así, es porque de hecho ha de existir un consenso en que no se espera de ella un rol protagónico en formular propuestas de devenires posibles ni deseables. Algo así como digüenes en el roble neoliberal criollo.

La intelectualidad chilena parece entonces reeditar una suerte de pangoismo (quizás menos ingenioso que el original) en que todo lo que ocurre está bien, es lo mejor que pudo haber pasado y hubiera sido terrible si no hubiera sido todo tal como fue. Pero está claro que bajo tal credo nadie va a proponer revertir el tremendo y prolongado esfuerzo desplegado por destruir la Universidad de Chile. A lo más podremos volver a escuchar las excelencias que trae la proliferación de Universidades privadas, y del mercado como agente regulador del precio de las hortalizas y de la calidad de las Universidades. (¿Deberíamos denunciar ante el SERNAC² por delito de estafa a las instituciones que cobran matrícula universitaria y no desarrollan investigación científica ni creación artística autónomas?).

Pero existe, ha existido siempre, una visión alternativa del rol del intelectual: capaz de articular y representar una opinión, una propuesta. Y para cumplir ese rol, le guste o no a uno, tendrá que hacer preguntas

²Servicio Nacional del Consumidor.

que muchos preferirían que nunca se hicieran, tendrá que confrontar más que generar dogmas y consensos aparentes, tendrá que mantener cierta autonomía de las instancias de poder presupuestario e ideológico, sean gubernamentales o privadas.

Quiero transcribir aquí una cita de Eugenio González, también ex rector nuestro, proveniente de un discurso pronunciado cuando era senador socialista. La cita, además de ser estéticamente grata de leer, ejemplifica la connotación dual de ese quehacer intelectual alternativo: por una parte, la capacidad de distinguir (precondición perceptiva del quehacer científico), es decir, que no todo es igual, ni mezclable, ni da lo mismo; por otra, la obligación de partir de la premisa que el conjunto de las personas tiene derecho en sus vidas a la justicia y la decencia, y que existe en el ser social la potencialidad para progresar con autonomía y libertad. Eugenio González se pregunta en un debate senatorial acerca de la inmutabilidad de la naturaleza humana: "Para justificar su defensa del capitalismo, nuestro Honorable colega ha recurrido, no obstante, a las características de la naturaleza humana, entre las cuales el afán de utilidad, de ganancia, de lucro, el afán egoísta de bienestar individual será el motor insustituible del progreso económico. Me atrevo a pensar que el Honorable Senador por Atacama y Coquimbo ha hecho esta afirmación con secreta tristeza. Porque es una afirmación sobremanera pesimista que contraría crudamente —no me cabe duda— su conciencia de cristiano. ¿Existe una 'naturaleza humana' tan inmodificable en su primitivismo ético, ajena al devenir histórico, la misma sean cuales sean las condiciones sociales y culturales? ¿Qué sentido tendría, entonces, el mensaje de superación moral del cristianismo, la voluntad de lucha contra el mal que se afirma en su fe militante? Todo eso entraría en el círculo de las grandes ilusiones generosas que pueden realizarse, acaso, en seres de excepción, alejados del mundo, pero que no tendrán ninguna eficacia en la determinación de actividades colectivas"³.

Sería una ironía demasiado amarga que lo que Eugenio González intuía como secreta tristeza ajena se transforme en destrenzada alegría propia.

Sería una ironía aún más amarga que en el actual estado de cosas el espíritu de la Universidad de Chile se conservara sólo en la fácil enumeración de las características que pensamos la han distinguido (un discurso

³González Rojas, Eugenio, "Socialismo y liberalismo. Posición del Partido Socialista Popular frente a la situación nacional", en *Diario de sesiones del Senado*, tomo 268, vol. I, pp. 87-101, legislatura extraordinaria 1953-4, sesión 2ª, martes 20 de octubre de 1953.

que cualquiera de nosotros puede, cerrando los ojos, repetir), y que como todo discurso fácil, dado en vez de creado, como decíamos al comienzo, corre el riesgo de burlarse a sí mismo desvinculándose de un accionar consecuente. Un discurso que puede considerar su sentido completo al despertar emociones e, inmediatamente después, desentenderse de ellas en aras de un cierto realismo, o de la invocación a un estado de conciencia ciudadana que ha optado, para la práctica, no para los discursos, por otros modelos.

La Universidad de Chile es, por sobre todo, una concepción de Universidad estatal que logró perdurar. Ello no habría sido posible si la Universidad no representara valores de identidad sustentados por los chilenos. Esos valores, en gran medida, están vinculados al anhelo de avanzar en la construcción de un Estado percibido como justo corrector de arrastradas injusticias, generoso invitador a una solidaridad potenciadora, insoportable garante de la cabal expresión de la potencialidad de cada individuo. Valores que por lo demás son universales como expresiones de los afectos y de la inteligencia humana. Declararlos obsoletos es una frivolidad más, de las tantas.